Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 24.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Explicacion del grabado de modas.—Cinturon para niño.—Dos guarniciones para pañuelo.—Entredos al crochet.—Flores de lana.—Alfiler de corales.—Laubrequin.—Bata de casa.—Las áncoras de misericordia.—La enamorada recluta.—Talma de yack.—Mi mayor enemigo.—Viaje en busca de una taza de té.—Revista literaria.—Industria.—Figurin iluminado.—Solucion del geroglífico.

Explicacion del grabado de modas.

Trage de florentina (tegido de seda y lana), color crudo.—La enagua está recortada formando puntas y orlada por una tira de tafetan crudo mas oscuro que la tela del fondo; esta tira va bordada de trencilla, de color mas oscuro que el tafetan; al rededor lleva un guipur negro puesto liso; debajo de las puntas hay un volante alto y poco fruncido, adornado con un guipur negro estrecho, sobre el cual corren dos órdenes de trencilla. El corpiño montante y con cinturon, tiene una berta formada por una tira de tafetan igual á la del trage; la manga se adorna tambien con las dichas tiras.

Trage de granadina de lana color gris plateado.—La enagua se guarnece con tiras de tafetan negro de 1 centímetro de ancho, dispuestas de modo que formen alternativamente medallones cuadrados y medallones prolongados. Los mismos adornos se repiten en las mangas y en el delantero del corpiño, que es abotonado y montante, con punta redondeada y bordes de esta separados.

VESTIDOS DE CALLE.

Cinturones para niño.

MATERIALES.—Esterilla de lana negra ó de color; hebillas y botones de acero; borlas, etc.

Este modelo se recomienda por su solidez, por lo módico de su precio, y en fin por lo fácil de su ejecucion.

El cinturon n.º 1 se ejecuta con doce cabos de esterilla trenzados juntos; se cierra por delante con una hebilla al través de la cual pasa uno los extremos del cinturon. Consagramos un dibujo á la reproduccion de éste en tamaño natural.—Se ve que cada cabo de la trenza se compone de dos pedazos de esterilla. Para ejecutar aquella se toman seis pedazos de la negra y otros seis de la grosella, cada uno de un metro de largo; los 6 grosella se colocan en el medio, 3 negros

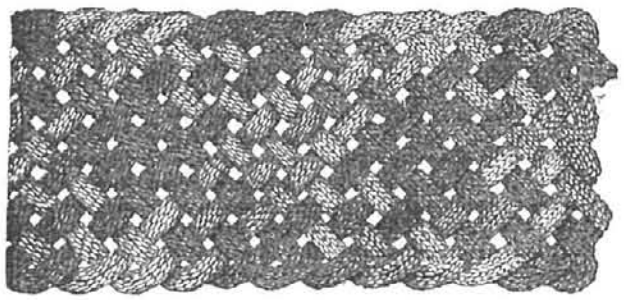
© Biblioteca Nacional de España

se ponen por cada lado.—El cinturon n.º 2 tiene cabos largos; la trenza se compone de ocho cabos, cada uno de dos pedazos; *se comienza el cinturon* con cuatro cabos de trenza (ocho pedazos), cada uno de un metro y 50 centímetros de largo, que *forma una especie de bucle (para el primer ojal)*; se hace en seguida con todos los ocho cabos 1 centímetro de trenza, se dividen de nuevo los cabos en *dos partes iguales*, y se continúa así la trenza en cada porcion por un espacio de dos centímetros para formar el segundo ojal; vuélvense á unir las dos porciones que se habian separado con aquel objeto, y se sigue la trenza con los ocho cabos: á un centímetro de distancia se hace el tercer ojal y luego se continúa la trenza entera hasta concluir el cinturon: para los cabos sueltos que terminan, se dividen de nuevo la trenza en dos partes iguales, cada una de 18 centímetros de largo (véase el dibujo en tamaño natural). En el extremo de cada cabo de terminacion se pone una borla de lana de 8 á 9 centímetros de largo. En el sitio de donde aquellos arrancan se coloca una muletilla de pasamanería.

CINTURON N.º 1.

Dos guarniciones para pañuelos.

Se ejecutan estos dibujos entre las rayas tegidas *de los pañuelos destinados á un vestido de negligé*



CINTURON N.º 1 (TAMAÑO NATURAL).

Es menester emplear algadon muy fino.

Entredos al crochet.

MATERIALES.—Hilo de lino, mas ó menos fino, segun el uso á que se destine el entredos; un crochet adecuado.

Se hace una cadeneta de 23 puntos, y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*—5 puntos en el aire,—5 bridas en el último punto de la cadeneta,—3 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 2 de la cadeneta,—un punto sencillo en el siguiente,—5 puntos en el aire bajo las cuales se pasan 3 de la cadeneta,—uno sencillo en el punto siguiente,—5 bridas en el punto siguiente. Se hace en seguida un punto en el aire, bajo el cual se pasan 3 puntos,—5 bridas en el punto siguiente,—5 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 3 puntos,—un punto sencillo en el siguiente,—3 en el aire, bajo los cuales se pasan 2 puntos,—5 bridas en el último punto.

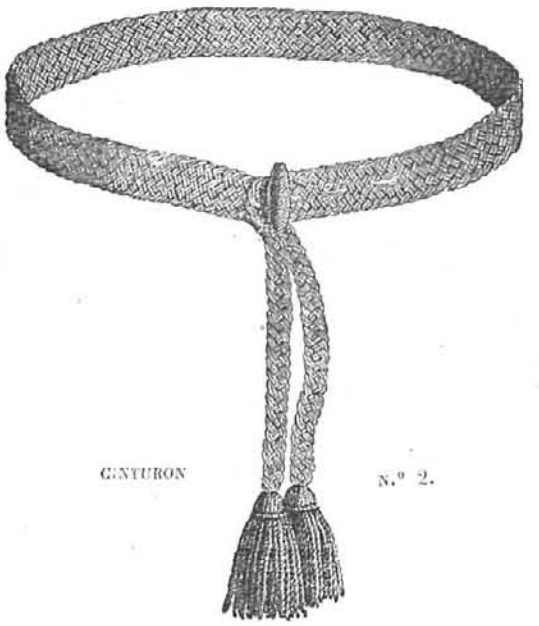
2.ª *vuelta.*—5 puntos en el aire,—una brida en la del medio de las 5 hechas últimamente,—5 bridas en el primero de los 3 puntos en el aire,—3 en el aire,—una brida en los puntos en el aire siguientes,—5 puntos en el aire,—uno sencillo en el medio de las 5 bridas,—despues 5 bridas en el punto en el aire colocado entre dos grupos de 5 bridas *de la vuelta anterior*,—*1 punto sencillo en el medio* de las 5 bridas,—5 puntos en el aire,—un punto sencillo en los puntos en el aire de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—5 bridas en el último de los 3 puntos en el aire siguientes,—una brida en el medio del último grupo de 5 bridas perteneciente á la vuelta anterior.

3.ª *vuelta.*—5 puntos en el aire,—una brida en la última de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—uno sencillo en el medio de las 5 bridas,—despues 5 bridas en el primero de los 3 puntos en el aire de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—uno sencillo en los puntos en el aire siguientes,—5 en el aire,—5 bridas en el último de los 3 puntos en el aire siguientes,—un punto sencillo en el medio de las 5 bridas,—3 en el aire,—una brida en la *última* de la vuelta anterior.

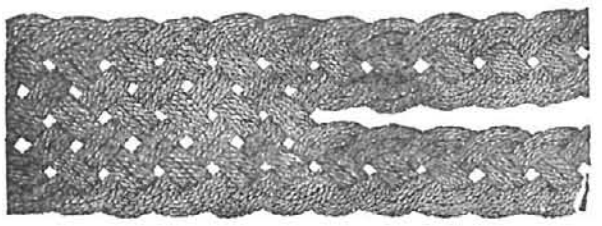
4.ª *vuelta.*—5 puntos en el aire,—una brida en la última de la vuelta anterior,—5 puntos en el aire, *—uno en el aire en el medio de las 5 bridas*,—5 bridas en el primero de los 3 puntos en el aire siguientes,—3 puntos en el aire,—uno sencillo en los *puntos en el aire siguientes*,—*5 puntos en el aire*, —uno sencillo en los puntos en el aire siguientes, —3 en el aire,—5 bridas en el primero de los 3 puntos en el aire siguientes,—*uno sencillo en el medio* de las 5 bridas de la vuelta anterior,—5 en el aire,—una brida en la última de la vuelta anterior.

5.ª *vuelta.*—5 puntos en el aire,—una brida en la última de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire, —uno sencillo en los puntos en el aire siguientes, —5 en el aire,—uno sencillo en el medio de las 5 bridas siguientes,—5 bridas en el primero de los 3 puntos en el aire siguientes,—3 puntos en el aire, —5 bridas en úl último de los 3 puntos en el aire siguientes,—un punto sencillo en el medio de las 5 bridas siguientes,—5 en el aire,—uno sencillo en los puntos en el aire siguientes, — 3 en el aire, — una brida en la última de la vuelta anterior.

6.ª *vuelta.*—Como la 1.ª; el dibujo indica dónde los puntos sencillos deben hallarse sobre los puntos en el aire, y el sitio de los grupos de 5 bridas. Se repite siempre el dibujo desde la 2.ª hasta la 6.ª vuelta.



CINTURON N.º 2.



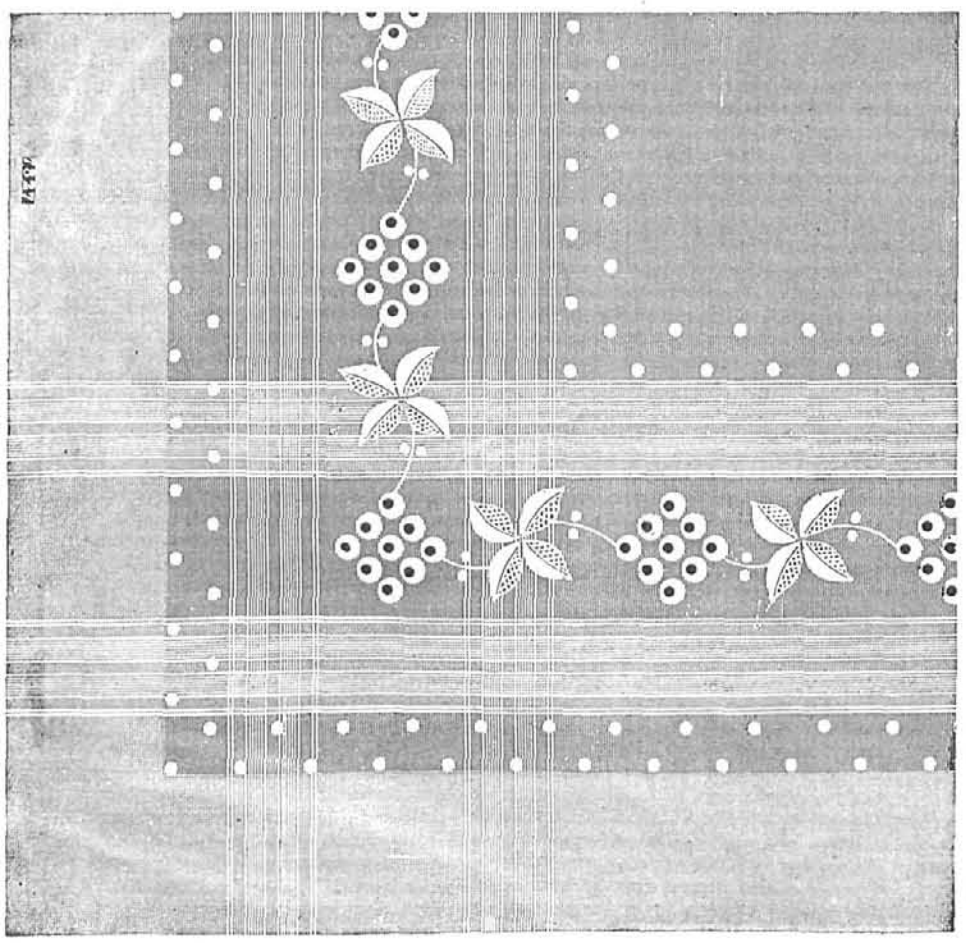
CINTURON N.º 2 (TAMAÑO NATURAL).

FLORES DE LANA.

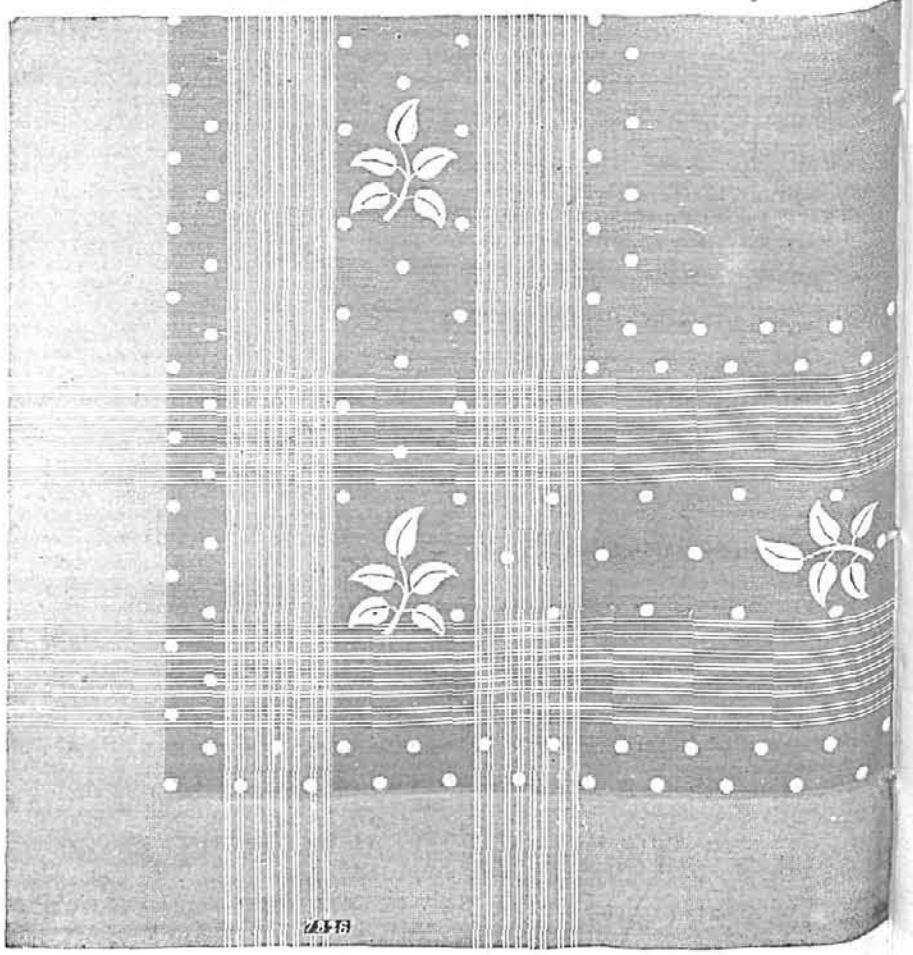
AZALEA.

MATERIALES.—Dos puntos de color de lana céfiro rosa; alambre forrado de blanco, etc.

Las tres hojitas interiores se hacen con el rosa subido,—las cinco exteriores con el rosa claro; un dibujo reproduce una de estas hojas en tamaño natural; el fleco que la compone (véanse nuestras anteriores explicaciones de las flores de lana) se ata con alambre cubierto con algodon blanco; las tres hojas interiores se ejecutan sobre un molde que tenga un centímetro y tres cuartos de ancho.



GUARNICION DE PAÑUELO.



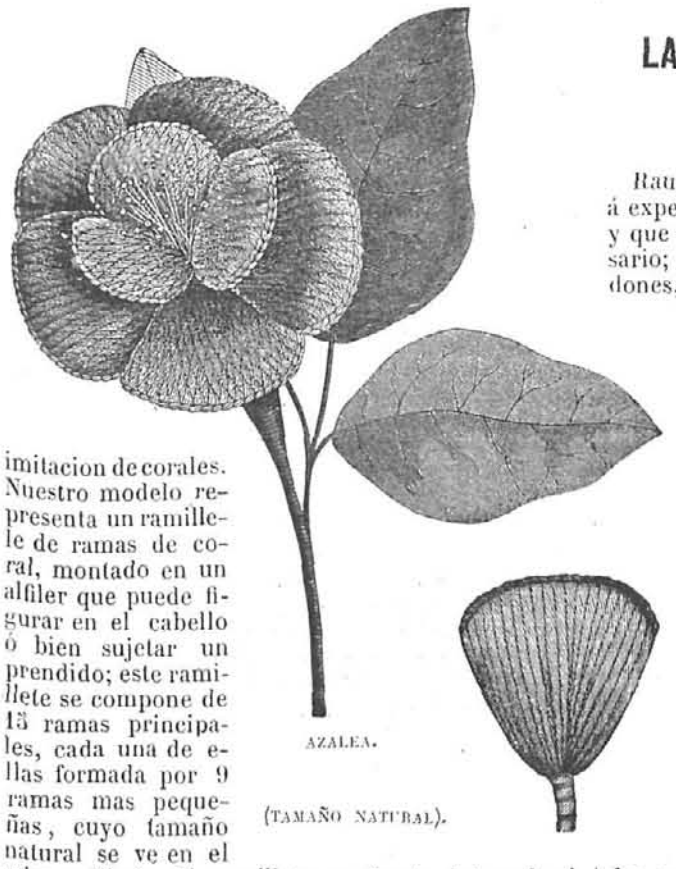
GUARNICION DE PAÑUELO.

© Biblioteca Nacional de España

y el trozo de fleco que forma cada una de estas hojas tiene 2 centímetros y medio de largo, es decir, 15 vueltas de lana atadas con alambre no demasiado fino; los estambres se hacen con hilo engomado, cuyo extremo se moja en una disolucion de goma en la que se pone azafran.

Alfiler de corales.

Al par de las flores de lana, colocamos hoy una



AZALEA.

(TAMAÑO NATURAL).

imitacion de corales. Nuestro modelo representa un ramillete de ramas de coral, montado en un alfiler que puede figurar en el cabello ó bien sujetar un prendido; este ramillete se compone de 15 ramas principales, cada una de ellas formada por 9 ramas mas pequeñas, cuyo tamaño natural se ve en el mismo dibujo. El ramillete se ejecuta del modo siguiente:

Se pone en una vasija una cucharada grande de goma arábiga en polvo, se echa sobre ella un poco de agua, á fin de reducir el polvo en pasta compacta; se deja reposar por veinticuatro horas, moviéndola de cuando en cuando; entonces se añade alguna cantidad de vermellon, mezclando la preparacion para que tome un bello é igual color rojo; se cortan pedazos de algodon grueso blanco ó encarnado, que tengan 20 centímetros de largo; se introduce su extremidad, en un espacio de 3 centímetros y medio en la disolucion así preparada, se cuelgan estos pedazos para que sequen, cuidando de que no toquen unos con otros; una vez secos se comienza de nuevo la operacion, y si el algodon no ha salido bien cubierto y coloreado, se la repite por tercera vez; antes que estos cabos estén del todo secos, se los encorva y se los oprime, para darles la forma indicada en el dibujo. Puede emplearse tambien, en lugar del algodon, alambre cubierto de hilo, doblándolo de antemano; estas ramas se arman por paquetes, ya sobre un grueso alfiler de cabeza, ya sobre un cabo de alambre, para peinados, guirnaldas, cófias y sombreros.

Lambrequin, ó cenefa con puntas.

SOBREPUESTO.

MATERIALES.—Paño negro fino; trenza de seda; torzales de seda de varios colores.

Nuestro modelo se hace de paño negro, la trenza de seda es verde mar, festoneada por cada lado con seda verde de punto mas oscuro, la cual se emplea tambien para la costura en cruz hecha en el medio de la trenza. En cada punta del lambrequin se ejecuta el arabesco con dos puntos del color verde, mas oscuros que el de la trenza; el mas claro está hácia afuera; el arabesco se hace á punto de tallo ó de cordoncillo; las ramos se ejecutan á punto de espina, con seda encarnada. Los lunares son azules, rodeados con seda maiz.

El borde del lambrequin se recorta con un sacabocados, en cada punta y entre cada punta se pone una borla hecha de lana de colores adecuados á los del bordado.

Bata de casa.

Nuestro modelo se hace de cachemira verde de China, los pliegues de la bata se reunen en la espalda, debajo de la pequeña pelerina: ésta (así como los delanteros, los costados, las faltriqueras y las vueltas de las mangas) se hace de terciopelo negro, bordado de trencilla blanca con pasamanería tambien blanca y botones blancos y negros: los flecos son de felpilla blanca y felpilla negra.

LAS ANCORAS DE MISERICORDIA.

(Conclusion.)

III.

Raucourt habia tambien notado que se renovaban á expensas de aquella las pociones de la enferma, y que no faltaba para el fuego el combustible necesario; pero por muy penosos que le fueran estos dones, era preciso sufrirlos. Sus recursos y los de Catalina hacia tiempo que se habian agotado, y la venta de algunas bujerías bastó apenas para los gastos mas indispensables.

Una tarde que Gontran entró triste y fatigado, despues de inútiles diligencias para cobrar un pequeño crédito en que su estado angustioso le habia recordado, encontró á Enriqueta junto á la enferma. Esta, que iba ya adquiriendo el conocimiento de lo que le rodeaba, seguia con la vista el trabajo de la jóven con tierno interés. Raucourt dió su disculpa por haber tardado tanto.

—Oh! Su tardanza no ha ocasionado ningun mal, replicó Enriqueta; M. Gontran puede dejarme con su tia, porque tengo un pedido urgente que me obliga á pasar toda la noche trabajando.

—Todavía mas! murmuró la enferma: esta chica se afana demasiado.

—Es preciso, exclamó Enriqueta que no alzaba los ojos de su pintura, temiendo perder un instante; si yo no entrego el trabajo en el dia que se me exige, se lo encargarán á otro; y ¿qué me haré yo entonces?

—¿Pero no pudiera V. buscar quién le ayudase? preguntó Raucourt.

—No conozco á nadie que pinte á la aguada, contestó la jóven.

Las miradas de la tia Catalina se encontraron con las de Gontran; este la comprendió.

—Si la señorita Enriqueta quisiera confiarme alguna de sus vitelas, dijo con cierto embarazo.

—A V.? repitió la jóven sorprendida.

—Deme V., deme V., interrumpió con viveza la enferma; ya vereis lo que él sabe hacer.

No atreviéndose Enriqueta á rehusar, confió un abanico al jóven, quien se colocó al otro lado de la mesa y se puso á trabajar al momento.

El gusto natural de Gontran, cultivado por lecciones de excelentes maestros y por la vista de pinturas de primer órden pertenecientes al siglo XVIII, era particularmente apropiado el género de trabajo que se le confiaba. Así es que Enriqueta quedó admirada del resultado. No era esto ayudarla solo en su tarea, era tambien una leccion que debia aprovecharla para lo sucesivo. Animado Gontran por el éxito, la propuso ejecutar á su vista otra pintura de abanico, para que ella pudiese seguir su método y comprender sus procedimientos. La jóven aceptó con reconocimiento; pero despues de haber observado bien, confesó que necesitaria muchas lecciones antes de adquirir aquella facilidad de pincel, si acaso la era posible adquirirla alguna vez. Raucourt propuso repetirlas tantas veces como fuesen necesarias, y cumplió su palabra, volviendo al trabajo la mañana siguiente.

Esta especie de curso práctico seguido junto al lecho de la tia Catalina, que entraba ya en convalecencia, tuvo por resultado el distraer agradablemente tanto á esta como á sus dos enfermeros.

Atraido al gusto de la vida por el trabajo, Gontran no tenia tiempo para pensar en su primera resolucion. Asociado, casi sin advertirlo, á la actividad de la hija de Gervasio, escuchaba sus proyectos, y aun tomaba parte en ellos. Cada dia avanzaba mas en las confidencias de esta alma ingénua y serena, y él sentia al mismo tiempo tranquilizarse la suya.

ALFILER DE CORALES.

Era como un aire puro que refrescaba su sangre, una especie de contagio bienhechor, por el cual el brusco orgullo y el egoismo ciego hacian lugar á mas dulces emociones. Entonces tambien empezó á notar la belleza modesta de la jóven; vagas imagenes de felicidad pasaban por su pensamiento; pero sin fijarse en él; sus ojos acababan apenas de entreabrirse, y la hora de luz no habia llegado aun para él.

Mientras tanto la curacion de su tia Catalina era completa; se levantaba hacia algunos dias, y por último, el médico dijo que podia salir.

Gontran la ayudó á bajar los ochenta y tres escalones que la separaban de la calle, y la condujo despacito al gran paseo de árboles del Jardin de Plantas.

La convaleciente permaneció allí largo rato sentada, respirando con deleite el aire perfumado, calentando al sol sus lánguidos miembros, y volviendo á tomar, por decirlo así, posesion de la vida. En fin, se decidió á volver á su guardilla con un suspiro de pesar.

Pero al entrar en ella, se detuvo estupefacta. Enriqueta habia aprovechado su ausencia para adornar con flores la cómoda de nogal; un fuego brillante chispeaba en el hogar, y delante de él se alzaba una mesa con cuatro cubiertos, abundantemente servida.

La jóven corrió hácia Catalina, que habia quedado inmóvil á la entrada, y dándola el brazo:

—Venid, la dijo, vuestra convalecencia es un dia de fiesta; mi padre y yo hemos querido celebrarlo.

La anciana no pudo responder sino llorando: en cuanto á Raucourt, por la primera vez despues de mucho tiempo, sintió abrirse su corazon y asomar á su pupila una lágrima de enternecimiento.

IV.

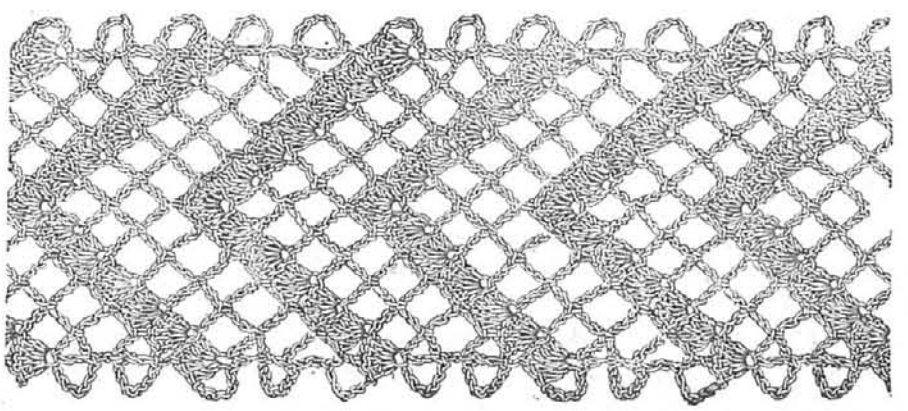
La comida fué alegre y se prolongó hasta tan tarde como la prudencia permitia; pero al retirarse la tia Catalina á su cuarto para acostarse, encontró sobre su mesa de labor una bolsita que contenia seis monedas de oro, y una targeta en la que Enriqueta habia escrito: *Precio de las vitelas pintadas por M. Gontran.*

El jóven y su anciana tia se miraron.

—¡No podemos aceptar esta suma! dijo Raucourt sonrojado.

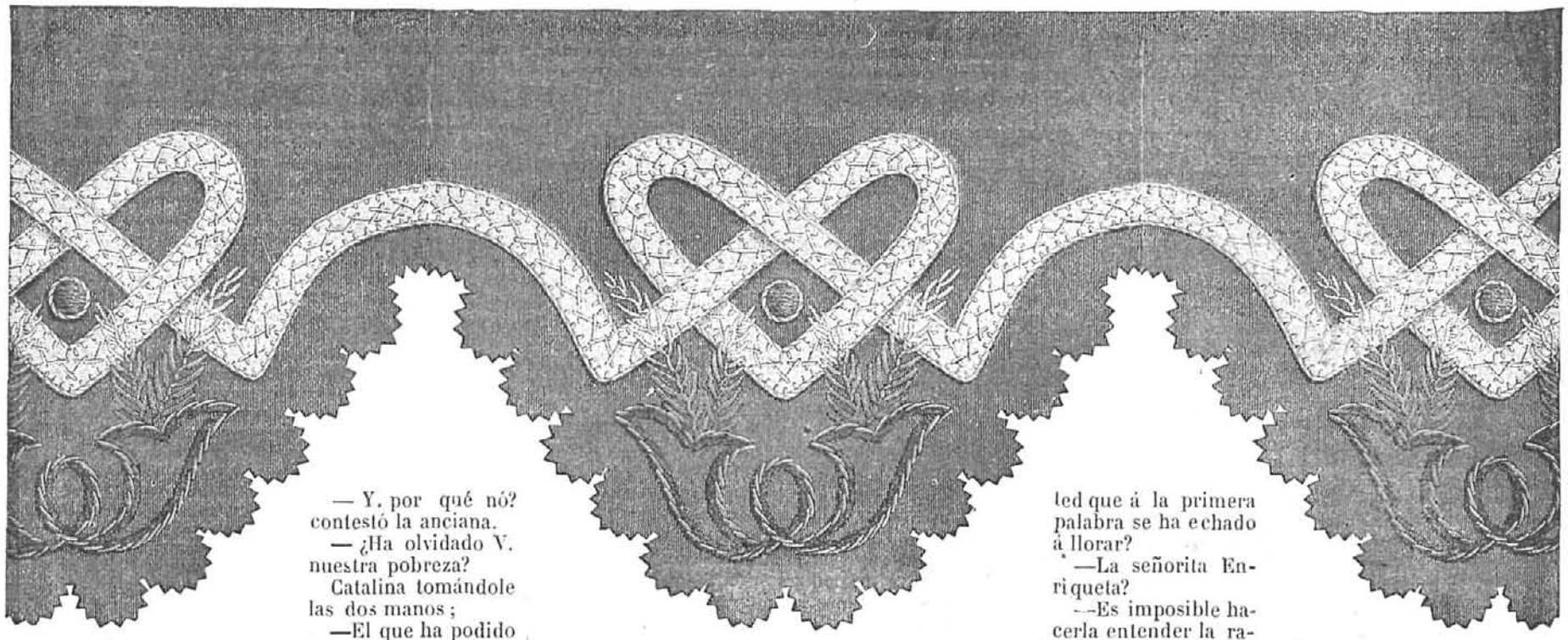
—¿No hemos aceptado nosotros su tiempo y sus vigilias? replicó Catalina con dulzura.

—Ah! teneis razon! exclamó Gontran con una emocion en la que el reconocimiento luchaba con el orgullo; y no tenemos al presente ningun medio de manifestarnos reconocidos á tanta generosidad.



ENTREDOS AL CROCHET.

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN.

— Y, por qué nó? contestó la anciana.

— ¿Ha olvidado V. nuestra pobreza?

Catalina tomándole las dos manos;

—El que ha podido ganar seis monedas de oro en algunas horas no es *pobre*, le dijo.

Gontran se extremeció y quedó en silencio; pero al dia siguiente se dedicó al trabajo desde el amanecer, y continuó así por espacio de muchas semanas con una constancia incansable.

Este trabajo asíduo le proporcionó el poder pagar lo que debia por la enfermedad de su tia Catalina, y ahorrar además la cantidad necesaria para su proyecto. Una tarde, entrando en su pequeña habitacion, apercibió Enriqueta sobre su chimenea un elegante péndulo al estilo del reinado de Luis XV, y cerca de él una targeta en la que Raucourt habia escrito: *Una convaleciente á su enfermera.*

En vano se quejó la jóven de la riqueza del regalo. Catalina la respondió que ella habia hecho á Gontran un presente mucho mas precioso, infundiéndole el gusto y la posibilidad del trabajo.

Las costumbres del jóven habian en efecto cambiado completamente. Su actividad, disipada hasta entonces en placeres ficticios y locas pasiones, habia entrado en la senda del deber; habia gustado la satisfaccion de la primera ganancia ó lucro legítimo, se sentia capaz de ocupar su puesto en el mundo, de mantener á alguien con su trabajo, de ser un hombre, en fin, digno verdaderamente de este nombre. Aplicado todo el dia á su pintura, oia á Enriqueta cantar en la habitacion vecina, y dar *las horas al péndulo que la habia dado.* Eran estas dos voces amigas que amenizaban y median su trabajo; se le hacian de cada vez mas necesarias; no se encontraba animoso y contento sino con esta condicion. La jóven que le habia abierto esta vida sin remordimientos, era su estrella polar; tenia necesidad de vèrla para dirigirse, para persistir en su camino: reunidos todas las noches en la habitacion de Catalina ó en la de Gervasio, olvidaban con largas lecturas las faenas del dia; esto venia á ser coma la salsa del trabajo, el rayo de sol que doraba esta vida monotona. Raucourt no habia sido nunca tan dichoso. Su caja de pistolas relegada en la tabla mas alta de una pequeña biblioteca, estaba cubierta de polvo y completamente olvidada. Todos los recuerdos que le representaban su existencia de otro tiempo iban paulatinamente borrándose; nuevos gustos le habian convertido en un hombre nuevo.

Un dia que se hallaba ocupado en concluir un abanico de bastante precio y en el que habia agotado todos los primores de su arte, entró Gervasio y cerró con cuidado la puerta. El denodado impresor parecia *inquieto* y *de muy* mal humor.

—Vengo á exigir de V. un servicio, vecino: dijo á Raucourt, que estaba sorprendido por su aire.

—De mi? respondió el jóven; si ello es posible, vecino Gervasio, podeis contarlo por hecho.

—Sí, repuso el impresor, sé que nos profesa V. una verdadera amistad, y esto es lo que me ha decidido á venir... Se trata de Perrot el encuadernador, á quien V. ha visto en la casa.

—En efecto, lo recuerdo...

—Es un muchacho honrado y un buen trabajador, que no puede avergonzar á ninguna familia.

—Y bien?

—Pues bien, me pide á Enriqueta por esposa.

—¡Y ha consentido V.! gritó Raucourt palideciendo.

—Precisamente. Un buen marido no es cosa tan comun que se le pueda rehusar cuando llega á ofrecerse.

—Pero vuestra hija? interrumpió el jóven con voz balbuciente.

—Ah! ese es el quid de la dificultad; ¿creerá usted que á la primera palabra se ha echado á llorar?

—La señorita Enriqueta?

—Es imposible hacerla entender la razon. He creido oportuno decirla que Perrot es un *buen mozo, trabajador y no tonto*, y *á todo esto* me contesta: ¡Es verdad! y sigue llorando. ¿No es esto para desesperarse?

—¿Y en qué puedo servir á V.?

—En esto, vecino; mi hija os estima mucho, y si V. le dice que este matrimonio la conviene, que hará su felicidad, estoy persuadido de que consentirá.

—De suerte, que quiere V. que yo la hable?

—Si no le cuesta molestia: V. se hará el cargo de que el guardar una hija es una carga pesada, y que yo deseo ver á la mia bajo la proteccion de un hombre honrado, que nada la deje que desear cuando yo le falte.

Gontran tendió la mano al oficial de impresor.

—Espéreme V. junto á mi tia Catalina, le dijo; al instante vuelvo, y todo quedará resuelto.

El instante duró cerca de una hora; en fin, el jóven volvió á aparecer trayendo del brazo á Enriqueta; ésta tenia los ojos enrojecidos y la cabeza baja; pero una sonrisa de felicidad entreabria sus labios.

—Usted habia escogido para su hija uno que la amaria sin duda, dijo Gontran; pero vuestra hija habia escogido tambien por su parte.

—¿A quién pues? preguntó Gervasio.

—A un infeliz desesperado á quien ella ha vuelto la *alegria*, *á un ocioso corrompido á quien ha hecho* conocer su deber.

—Cómo! tú! exclamó la anciana Catalina.

—Yo mismo, que la amo hace ya mucho tiempo, y que prometo á su padre Gervasio ser á un tiempo buen marido y animoso trabajador.

Los dos jóvenes se acercaron al impresor, quien *les abrió los brazos.*

—Vamos, exclamó despues de este primer enternecimiento, préfiero éste á mi proyecto; es innegable que Dios arregla las cosas mejor que nosotros.

—Sí, repuso Gontran, pues lo que nosotros miramos como una desgracia, es á veces un medio de salud. Cuando yo creia cierto, seguro el naufragio, la Providencia me envió súbitamente dos áncoras de misericordia: mi tia Catalina y Enriqueta.

No debe desesperarse jamás del destino ni del alma humana: las posiciones mas tristes pueden superarse con valor, y los corazones mas viciosos purificarse por el trabajo.

FIN.

BATA DE CASA.

LA ENAMORADA RECLUTA,

EXTRACTADA DEL FRANCÉS.

(Conclusion.)

El granadero estaba sentado, sacó de la faltriquera un pequeño bolsillo de cuero, y con tranquilidad desataba los cordones.

Margarita se aproximó á él: de pié la jóven era lo mismo que el coloso sentado.

© Biblioteca Nacional de España

—Con este; le dijo llevando la mano al cinturon de Herman.

—Con este valiente sable has muerto á mi rival?

—Y á otros muchos, respondió con altaneria el soldado, metiendo en el saco los ducados que habia esparcidos sobre la mesa.

Margarita desenvainó el sable, y á los débiles resplandores de la lámpara que parecia apagarse examinó atentamente la punta. Herman le miraba y se reia. Esta curiosidad infantil adulaba al orgullo del veterano, que á fuerza de matar se habia convertido en asesino.

—¡Herman! prosiguió Margarita cerrando convulsivamente la mano: ¿enséñame como mataste al oficial sajon?

—¿Parece que te he sacado del corazon *una espina*, camarada? pero la verdad me pareces muy vengativo. Yo cuando mato á un hombre jamás me vuelvo á acordar de él.

—Yo no olvido tan pronto, Herman. La ley del talion me parece muy justo: ojo por ojo, diente por diente, brazo por brazo. Acabas de hacerme un gran servicio, y esos ducados no son mas que una pequeña muestra de mi reconocimiento. ¡Vamos! Dime, ¿cómo mataste al sajon?

—Nada mas sencillo. me arrojé á él, con la mano izquierda le cojí por el pelo.

—Ya comprendo, dijo Margarita poniéndole en la cabeza su mano llena de sudor.

—Le tiré hácia atras colocándole sobre la rodilla.

—Así ¿no es verdad? añadió la jóven haciendo con él lo que iba diciendo el granadero.

—Con suavidad, tunante! exclamó el veterano, que me vas á abrir la herida que me hizo en la cabeza un cosaco del...

— Y cuando le tuviste sobre la rodilla.... contestó Margarita.

—Entonces le puse en el cuello la punta del sable; respondió el granadero.

—Dime ¿está bien colocado?... y la jóven ejecutaba lo que iba diciendo, tanto que le pinchó un poco.

—¡Mas alto, demonio! replicó Herman echándose á reir con tal franqueza que á otro que no fuera la novia de Eurico, hubiera desarmado tanta confianza; pero ella veia delante de si á la sombra del sajon que dirijia su brazo, oprimia su mano, y exaltaba su corazon.

—Y entónces? le preguntó ella.

—Entonces, le introduje tres veces el sable en el cuello, y *De profundis*!

—Asi morirás tú tambien! gritó Margarita hundiendo el sable en la garganta de Herman.

Una oleada de negra sangre corriendo por la guarnicion del sable vino á manchar la mano de la jóven, que dejando el acero en la herida dió tres pasos atrás con el cabello erizado. La vision de sus amores habia desaparecido, y el cumplimiento de su venganza la volvia á conventirse en mujer. Tenia miedo por lo que acababa de ejecutar, y temblaba. El granadero vino al suelo llevándose tras de si la mesa, y los ducados se esparcieron por la estancia.

Al ruido acudieron algunos soldados que al pasar se habian detenido á beber en la taberna, levantaron el cadáver de Herman el *rojo* y apresando al falso Jebus, le llevaron á la tienda del general Reuschild.

Jebus fué condenado á muerte.

Mientras llegaba el dia de la ejecucion le encerraron en un molino viejo que servia de prision.

Esta fatal noticia cundió al instante por el campamento y Federico Engnifed fué uno de los primeros que lo supieron, causándole un amargo pesar porque habia concebido por Jebus un afecto extraordinario.

A fuerza de ruegos pudo conseguir con otro soldado que le cambiara la guardia, entrando en la que debia custodiar al prisionero.

Las primeras horas de la noche se las pasaron en silencio los dos amigos.

Federico lloraba en silencio proyectando en su mente disparatadas combinaciones. Margarita parecia absorta en una idea fija. De tiempo en tiempo los escalofrios agitaban su cuerpo, la postracion habia sucedido á la energía viril de su voluntad. Sin quererlo veia en una especie de sueño despierto el ensangrentado cuerpo de Herman que se revolcaba á sus piés.

Aun resonaba en su oido como un eco importuno la última risotada de este desgraciado, y veia su mirada aterradora perseguirla por todas partes.

Entonces se juzgaba á si misma, preguntándose qué derecho tenia para haberse impuesto la terrible mision de castigar al culpable?

No estaba arrepentida: pero una duda turbaba su espíritu.

Dos veces preguntó con singular agitacion á Federico si la vida que Dios dá al hombre debe ser sagrada para otro excepto en el caso de propia defensa. Si se podia volver mal por mal, sangre por sangre.

Federico, viendo al pobre Jebus pálido, tembloroso, y ocupado sin cesar en lavarse las manos como si las tuviera manchadas de sangre, creyó que tenia miedo; pero lejos de indignarse de tal debilidad en un soldado, se sintió oprimido de una compasion indefinida, y le dijo:

—Escucha, es evidente que la proximidad de la muerte te angustia. Eres demasiado jóven para aborrecer la vida. Ya sabes en lo poco que yo la tengo. Si te pierdo, me haré matar en la primera accion, porque no quiero verte morir.

Margarita mirándole con admiracion le contestó:

—Soy un reo, y estoy preso. Te lo advierto.

—Yo no soy tu guardian, Jebus, le replicó en tono de dulce reconvencion.

—Pues bien: Sálvate comigo; iremos al servicio del ejército ruso.

Ella le queria probar que era semejante proyecto el mas aceptable; pero Federico la repiicó con viveza:

—No, no, mil veces no! No quiero pasar por desertor; pero con gusto recibiré en la cabeza una docena de balas por salvar á un amigo, porque eso no me deshonrará.

—Eres muy puntilloso y recto tocante al honor, camarada, pero si yo acepto tu oferta me despreciarás.

—¿Yo despreciarte? Cómo he de despreciar al niño que ha tenido el valor para matar á Herman el *rojo*? Haré lo que tú quieras. En la inteligencia que me mataré en tu presencia si te quedas aqui, para que no se diga que Federico entregó á su amigo á los verdugos.

Al mismo tiempo cojió el sable con ademan rápido y resuelto. El supuesto Jebus le detuvo:

—Te obedezco, camarada; pero me volverás á ver!

Margarita salió de la prision embozada en el capote de militar de Federico.

Al ser de dia este iba á ser fusilado, en lugar del asesino de Herman, porque sobre la evasion de este, no habia querido dar explicaciones de ningun género.

El rey de Suecia, y el general Reuschild, atraidos por acontecimiento tan singular se presentaron en el sitio de la ejecucion.

En el momento en que Federico iba á pagar con la vida un deber de amistad, vieron llegar á todo escape entre una nube de polvo que levantaba su caballo á una jóven vestida de negro.

Echó pié á tierra, sonrió al sentenciado que se habia quedado estupefacto al ver en aquel trage á su camarada Jebus Zorn, y arrodillándose antes Cárlos XII dijo: Señor, á la mañana siguiente del saquao de Lutzen una mujer vino á pedir justicia; aquella mujer soy yo. Vos la contestasteis que no podiais castigar. Ella os juró que si el asesino se escapaba á vuestra justicia, no así á mi

Talma de yack

(encage blanco de lana) con dibujos en extremo ricos, forrada de gasa de seda lila. Trage gris. Sombrero de paja de arroz glaseado, con plumas lila; bridas blancas.

Cárlos XII era tan amante de las acciones heróicas, como odiaba la indisciplina, y el robo, mucho mas cuando las heroicidades las hacian las mujeres, así es que, tendiendo las manos á la jóven la respondió con galanteria:

—Levantaos, señora. No imploreis nuestro perdon suplicando, porque si nuestra justicia os ha faltado; no os faltará clemencia, ni á ese loco que con gusto iba á morir por su amigo.

Margarita besó con emocion la mano del rey, y levantándose avanzó hácia Federico que le miraba con tristeza, diciéndole con voz balbuciente: — Señora, despues de haber jugado con mi credulidad, me dejais sin el amigo que mas queria. He querido á una vision, á un sueño ó á una quimera. Jebus Zorn, ni existe, ni ha existido! La prometida de Eurico ha sido justa con el *rojo* Herman; pero muy cruel para mí.

© Biblioteca Nacional de España

Margarita bajando los ojos le contestó:

—¡Camarada Federico! perdóname, he cumplido mi terrible deber. De hoy mas trataremos de olvidar juntos nuestros dolorosos recuerdos.

Servid bien al rey de Suecia á quien debemos la vida; pero si algun dia volveis á Lutzen encontrareis en Margarita algo mas que un fiel depositario de nuestra amistad.

Los tambores batieron marcha y Federico Enganilfed tomó el camino del campamento en medio de los urrás de los camaradas que estaban designados para fusilarle, esperando el fin de la campaña con anhelante afan para ser feliz.

FIN.

B. DEL BARCO.

MI MEJOR AMIGO.

Tengo yo un compañero
que aunque me vea
ya en próspera fortuna,
ya en la pobreza,
jamás se cansa
de mí, ni me retira
su confianza.

Los mas ricos tesoros
de la experiencia
y del saber reunidos
en él se encierran.
Y es su lenguage
conmovedor y dulce,
sencillo y grave.

Si alguna vez, ingrato,
le echo en olvido,
jamás amostazado
verle consigo.
Mas si otras veces
le busco, se me muestra
propicio siempre.

Un dia con delirio
la torpe mano
puse en él y su seno
hice pedazos;
y él aunque herido,
continuó siendo siempre
mi fiel amigo.

Cuando estoy solo y triste
búscole inquieto;
distracciones le pido,
sabios consejos;
y él me entretiene;
me enseña, me ilumina,
me fortalece.

Jamás de mis pasiones
aviva el fuego,
antes bien las apaga
con noble empeño.
Y al reprenderme
ni procura humillarme,
ni herirme suele.

Él es, pues, de mi vida
sosten amable;
con prudentes razones
él me persuade.
Nunca se ofusca,
ni se enfada, ni torpe
luego me adula.

Solamente me resta
decir su nombre,
pues ya he dicho de paso
sus condiciones.
Tan fiel amigo,
compañero tan útil
es... *un buen libro.*

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

NOVELA.

VIAJE DE SIR EDMUNDO BROOMLEY

EN BUSCA

DE UNA TAZA DE TÉ.

Miss Aurora se acercó á sir E. Broomley y le presentó una taza de té.

Sir Edmundo alargó la mano; pero como sus ojos se fijaran en el precioso semblante de su novia, comenzó á temblar ligeramente, de modo que la taza se le escapó en el momento en que la tomaba y se hizo pedazos en el suelo.

M. Simpson que dormia sobre el *Times*, y su señora que hacia lo mismo sobre su labor, alzaron la cabeza á un mismo tiempo y soltaron á duo esta corta frase:

—¿Qué es eso?

—A la verdad, ¡sois de una torpeza, sir Edmundo! exclamó miss Aurora con cierto mal humor; por vuestra culpa ya tenemos descabalada la mas admirable *media docena de tazas que se haya fabricado jamás en la* China. Sir Edmundo, os juro que no seré vuestra esposa hasta tanto que no me hayais traido una taza exactamente igual á la que acabais de romper, aunque tengais que ir á Pekin á buscarla.

—¡Oh! Es un poco lejos, hija mia, dijo la madre.

—Es demasiado lejos, añadió M. Simpson.

Sir Edmundo Broomley no hizo ninguna reflexion; recojió con la mayor serenidad los restos de la taza que se guardó cuidadosamente en su bolsillo; habló de la insurreccion de la India con M. Simpson y á la hora acostumbrada se levantó, saludó gravemente á su futuro suegro y á su futura suegra, besó con mucha delicadeza la punta de los dedos á miss Aurora y se retiró.

Al otro dia á las ocho de la mañana tomó un cab, estuvo corriendo horas y horas las tiendas de Lóndres donde venden objetos de la China, no volvió á su casa hasta la hora de la comida, comió con buen apetito, y despues escribió una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Miss Aurora: No he descubierto en Lóndres una taza de té *exactamente igual* á la que tuve la desgracia de romper anoche. Voy á París, y si allí tampoco lo consigo, me embarcaré para la China á fin de cumplir vuestro deseo. Esperadme dos años, y despues no penseis mas en mí.

«Vuestro fiel amigo, EDMUNDO BROOMLEY.»

Sir Edmundo leyó bien el billete y le cerró con un *sello en el que se leia su divisa que era esta: Decision:* luevo llamó á su ayuda de cámara y le dijo:

—Roberto, dentro de una hora salgo de Lóndres; prepárame la ropa. Pondrás en mi neceser seis navajas de afeitar en lugar de dos, porque podria ser que tuviera que ir á la China.

Y alargando la carta al criado añadió:

—Mañana á las diez llevarás esta carta á donde dice el sobre.

—Está bien, señor, contestó Roberto que tomó la carta y se retiró.

Sir Edmundo abrió entonces un álbum con encuadernacion de cuero de Rusia, y escribió en él estas líneas:

25 de diciembre de 1859.

«No he hallado la taza y parto esta noche para el continente.—Si es preciso llegaré hasta la China, y miss Aurora comprenderá que ha hecho mal, y que nunca se deben pronunciar ciertas palabras. Quizá á mi vuelta se habrá casado con algun fatuo dotado de bastante sangre fria para no temblar al mirarla y no romper sus tazas. Si esto llegara á suceder, seria una prueba de que no me amaba verdaderamente, y entonces yo habria tenido razon para marcharme á la China.»

Tres cuartos de hora despues sir Edmundo tomaba el ferro-carril de Douvres; doce horas mas tarde llegaba á Paris, y en la noche del quinto dia se hallaba en Marsella, con *los pedazos* de la taza de té de miss Aurora bien encerrados en una cajita de palo de rosa forrada de raso blanco.

En Paris no habia sido mas afortunado que en Lóndres.

Existia en Marsella un «viejo lobo marino» que llamaban el capitan Lecoq, dueño de una linda goleta, y que hacia el comercio por su propia cuenta en todos los rincones del mundo donde creia poder vender caro y comprar barato. Por entonces justamente se le habia metido en la cabeza la idea de ir á traficar un poco sobre las costas de la China en pos de la expedicion enviada para vengar las injurias inferidas á la Francia y á la Inglaterra.

El capitan Lecoq consintió en llevar á bordo á sir Edmundo, y le hizo pagar su pasaje como buen francés que se acuerda de Waterloo.

El 2 de enero de 1860 á las ocho de la mañana la goleta *la Fantasia* se llevaba hacia Shang-Hai al novio de miss Aurora.

Sir Edmundo no habia olvidado por cierto su hermoso álbum con encuadernacion de cuero de Rusia, y como ha tenido á bien prestármele, voy á trasladar aquí lo que escribió en él durante su memorable viaje en busca de la taza.

En la mar á bordo de la goleta *la Fantasia*

Quince dias hace que nos hemos embarcado en la Fantasia, y trece que hemos perdido de vista las costas de Enropa. El buque no ha cesado de ser admirable y el viento excelente. *La Fantasia* es un buen buque, aunque pequeño. El capitan Lecoq está en todo y castiga severamente el menor descuido; sus marineros le obedecen como á un capitan de la marina real. Creo que es un buen hombre, si bien no se halla exento de defectos: habla demasiado de Napoleon I, á quien llama el *Petit Caporal*, no se afeita mas que dos veces por semana, y tres copas de rom le ponen sumamente alegre; nuestros marinos ingleses tienen mas cabeza.—El cocinero de la *la Fantasia* es detestable.—No hay á bordo mas pasajeros que yo.

Pienso muchisimo en miss Aurora; si sucederá que cuando vuelva... Esta idea me es insoportable. A veces desearia no haber emprendido tal expedicion; pero no le hace, llegaré al fin.

Por las noches no veo mas que pagodas, torres de porcelana, edificios de mil colorines con techumbres abarquilladas, paisajes azul celeste, balcones dorados y puentecillos sobre arroyos donde nadan peces encarnados; muchachas poetisas me leen sus versos; fumadores de opio escuálidos y descarnados me rozan al pasar; rechonchos mandarines me hacen gestos y me pican en las *narices con sus largos bigotes puntiagudos; los pasteleros* me ofrecen pastelillo de carne de perro; en los aires no veo mas que quimeras, dragones, hipógrifos, monstruos de toda clase, horribles y grotescos á la vez, abigarrados con todos los colores mas chillones y mas vivos.

A menudo se alzan á mi presencia grandes escaparates cargados de miles de tazas como la que estoy encargado de buscar; voy á tomar una, y al punto la salen alas y vuela.

Una noche he soñado que el emperador de la China me enviaba á llamar. Admitido á su audiencia, me prosterno, y S. M. saca de su seno la bienaventurada taza y me la presenta; conmovido con tanta bondad, alargo la mano, el hijo del cielo abre la suya, la taza se cae y se rompe... como la otra... y cuando vuelvo á levantar la vista, no veo ya al emperador, sino á miss Aurora, fruncido el ceño y con los ojos echando chispas.

Hemos dejado tras de nosotros las islas Baleares, la España y la isla de Tenerife.

La Fantasia se ha detenido tres dias en Tenerife, que es un paraiso terrenal; las plantas y los árboles de todos los climas se dan allí maravillosamente á la falda de una de las montañas mas majestuosas que hay en el universo; los viñedos se encaraman sobre las colinas, y en los valles crecen á porfia naranjos, palmeras, mirtos cipreses, higueras, limoneros, olivos, castaños, encinas, pinos y árboles olorosos; nada mas hermoso. Laguna, la antigua capital, es una ciudad bonita donde he brindado á la salud de miss Aurora.

Cap-Town.

Desde Tenerife nada mas que agua y cielo. Confieso humildemente que principiaba á fastidiarme en alto grado: ¡pobre naturaleza humana que la inmensidad cansa tan pronto, y que no puede soportar ese espectáculo ni siquiera cuarenta y cinco dias!

Ayer hemos desembarcado en el Cabo.—«Estoy á dos mil leguas de la Inglaterra, y sin embargo estoy en la Inglaterra.—Me repito esta frase á cada instante con mucho placer y mucha alegria.

Hé aquí los hijos de la libre Inglaterra marchando con la cabeza erguida grave y dignamente, en medio de los franceses, de los holandeses, de los alemanes, de los coolies chinos con la cabeza afeitada, de los malayos con su sombrero puntiagudo, de los cafres ceñida la frente con un circulo de cobre, de los horrorosos hotentotes casi desnudos, y de sus repugnantes compañeras que llevan á los chiquillos en un cesto. Unicamente nosotros estamos aquí en casa. Cap-Town es una ciudad inglesa trasladada al pié de un monte colosal, bajo un cielo radiante, al extremo del Africa, entre los dos Océanos. Reconozco las casas de puertas lustrosas y aldabones muy limpios, las aceras, los mecheros de gas y el macadam *de mi querida patria. ¡Aceras, gas, macadam!* Y á pocas leguas de distancia las cabañas miserables de los hotentotes en llanuras incultas,—y un poco mas lejos los leones, los tigres, los leopardos, las hienas, los monstruosos elefantes, los feroces rinocerontes, los hipopótamos, y toda la raza venenosa de las serpientes;—y mas lejos aun inmensas regiones sin explorar, montañas, rios, lagos sin nombre, pueblos desconocidos, todo un mundo por descubrir. En Cap-Town hay un hermoso museo donde he visto disecados ó conservados en espiritu de vino todos los insectos que se encuentran en la colonia: pero lo que mas llamó mi atencion fué un par de botas enormes con este letrero: *Botas de postillon francés.*

La vida es aquí muy alegre: pero es de advertir que tiene un inconveniente para los extranjeros, y es que suele costar una corona lo que cuesta en Inglaterra un chelin: mas pronto se toma la costumbre, y á mi ya me parece muy natural que por un huevo se pague tres peniques. Los soldados franceses descansan de la travesía que acaban de hacer, y se preparan para la otra dando conciertos, bailando y representando comedias. Los soldados ingleses los escuchan y los miran.

En la mar.

El capitan Lecoq no quiere permanecer mucho tiempo en el mismo sitio cuando no gana dinero; él mismo lo dice con toda franqueza. Yo no me quejo, pues así llegaré mas pronto á la China, y *mas pronto* estaré de vuelta en mi país, si el cielo permite que vuelva, y mas pronto en fin seré el esposo de miss Aurora, si es que debo serlo. Dejamos Cap-Town, despues de una arribada de cuarenta y ocho horas, hoy hace treinta y nueve dias.

El tiempo sigue hermoso y yo sigo aburriéndome.

El capitan no se afeita ya mas que una vez por semana y habla doble que antes del *Petit Caporal.*

El *cocinero no* hace ningun *progreso en su arte.*

Un pez volador se enredó en una vela á la altura de Madagascar, y este ha sido el único suceso extraordinario de nuestra navegacion desde el Cabo.

Deploro amargamente haber roto la taza de miss Aurora.

. . . . . .

Estamos á la vista de Singapore.

© Biblioteca Nacional de España

Singapore.

¡Magnífica rada, magnífico puerto, magnífica ciudad! ¡Alabado sea sir Stamford Raffles! Sir Stamford Raffles no tenia un pelo de tonto y era un buen inglés. Cuando vió en 1816 que la Isla de Java se le escapaba á la Inglaterra, se preguntó si no habria en aquellas inmediaciones alguna islita donde se pudiese enarbolar la bandera de S. M. B. Despues de haber mirado con atencion en algunos centenares de leguas en contorno, distinguió el islote de Singapore.

—Hé aquí lo que buscaba, exclamó; y procedió á hacer un trato con el sultan de Johore, que estaba bien dispuesto para jugar una mala pasada á los holandeses, con quienes no se hallaba entonces en buenas relaciones.

Convertido Singapore en propiedad inglesa todo marchó allí á las mil maravillas. Se hicieron desmontes para cultivar la tierra, se abrió un puerto y se fundó toda una ciudad como por encanto. La poblacion cuenta cuarenta años en el dia, y está floreciente y animada y su prosperidad vá en aumento. De sus 60,000 habitantes hay 59,000 indios, armenios, judíos, árabes, javaneses, malayos y chinos, y todos ellos viven en paz bajo la ley de Inglaterra representada por algunos centenares de sus hijos.

La isla de Singapore seria una residencia encantadora si no abundasen tanto los tigres. A nuestra llegada acababan de devorar cincuenta chinos en un solo canton y en el espacio de tres semanas. Es verdad que absteniéndose de salir de la ciudad no se corre peligro alguno.

Me hallo aquí en buenas relaciones con un viejo sastre chino, bachiller caido de la poesía á la prosa, á quien he encargado un hermoso chaleco que me propongo llevar el dia que entre en Pekin.

Este pobre hombre que se llama Tien-Hué, se ha empeñado en darme una carta de recomendacion para su primo, memorialista de Shang-Hay: yo he aceptado con la misma gratitud que si hubiese sido una carta de introduccion dirigida al mandarin mas ilustre del imperio.

Tien-Hué tiene ideas muy primitivas tocante al poderío chino. El otro dia estaba yo en su tienda cuando acertó á pasar por la calle un destacamento de soldados ingleses.

—¡Pobres hombres! exclamó el sastre con un suspiro.

—¿Y por qué los llamais pobres? le pregunté.

—Porque la tierra de mi pais se los tragará en cuanto la hayan tocado, y que ni uno solo de todos ellos se librará de la muerte.

—¿Con que no creeis que los ingleses y los franceses puedan vencer á vuestros compatriotas?

—¡Los bárbaros vencer á los chinos! No por cierto, no lo creo; y tampoco lo querria, aunque me compadezca de esos uniformes encarnados y azules que tan locamente se van á meter en la boca del dragon. ¿Por qué habeis declarado la guerra al hijo del cielo?

—Porque el hijo del cielo no ha cumplido las promesas que nos habia hecho.

Tien-Hué clavó su mirada en mí con el aire del asombro mas profundo que he podido notar en mi vida.

—¿Y el hijo del cielo está obligado á cumplir las promesas que hace á los bárbaros? exclamó; hé ahí una idea bien chocante.

Y para entregarse mas libremente á su hilaridad, Tien-Hué arrojó lejos de sí mi chaleco en donde estaba pegando los últimos botones.

Supongo que hay fondas en Singapore tan confortables y tan aseadas como las de Lóndres, pero en conciencia no lo afirmaria, pues los buques ingleses y franceses que llegan al puerto desembarcan tantos oficiales y empleados de los dos ejércitos de expedicion, que en vano pedí asilo á todos los fondistas europeos de la ciudad.

—No tenemos ni un cuarto ni una cama, me respondieron por todas partes.

Sin duda habia encontrado hospedaje en alguna posada de las que se hallan al cuidado de los hijos del celeste imperio, pero retrocedí ante el olor de la hospitalidad china. Mi buena estrella me dirijió por fin á la viuda de un droguero inglés que tiene una casita en el muelle. Esta digna señora tuvo á bien proporcionarme un cuartito bastante limpio, una cama un poco corta cubierta con un mosquitero agujereado, y dos sillas de bambú, una de ellas coja. Todo esto no me cuesta mas que una libra diaria, baratísimo en Singapore.

De una de mis ventanas veo la rada y el puerto donde se apiñan buques ingleses y franceses, una multitud de embarcaciones chinas, casas flotantes habitadas por familias enteras, chebeks árables y barcos cochinchinos pesados y feos.

La otra ventana dá á una de las estrechas y tortuosas callejuelas de la ciudad china; aquí están amontonadas todas las mercancías y circulan todas las razas del universo; es una exposicion de tipos y de trajes no menos curiosa que la de Sydenham-Paloce, ¡Y qué lenguas! ¡qué ademanes! ¡qué gestos! ¡qué gritos! Singapore es la Babel moderna.

Todo esto me interesa, y confieso vergonzosamente que he solido no sentir con mucha amargura el haber roto la taza de miss Aurora.

El capitan Lecoq me ha hecho el honor de almorzar ayer conmigo; parece ser que ha vendido muy bien una buena parte de sus mercancías, por lo cuál estaba contento hasta lo sumo; tres veces brindó con su copa de ron á la alianza anglo-francesa.

Esta mañana acababa yo de leer la última novela de Thackaray que el librero de moda ha puesto en venta hace algunos dias, cuando pegaron á mi puerta dos golpecitos discretos.

—¡Adelante! exclamé.

La puerta se abrió, á un hermoso indio cubierto con una hermosa vestidura blanca, con las muñecas y las piernas adornadas de anillos de oro apareció en el umbral. Despues de haberse inclinado profundamente permaneció inmóvil.

Tenia un aire muy noble, y en Europa seguramente le habrian tomado por un príncipe.

Sin embargo, no era mas que un criado de una buena casa.

¡Oh Tom, Will, Jack, John, Dik, Toby, ayudas de cámara y lacayos de las mas aristocráticas viviendas de West-End! ¡cuán triste figura haríais al lado de vuestro compañero de Singapore! Y ¡Dios me perdone! pero tambien habrian salido mal en la comparacion vuestros amos duques, condes y marqueses.

Hice un ademan, el indio se adelantó y me entregó un pliego sellado, despues de haberse inclinado por segunda vez y tan humildemente, que casi me puso en un apuro.

El mensaje contenia lo siguiente:

«M. Tomás Harrisson suplica á sir Edmundo Broomley que le haga el honor de venir á comer hoy con él á las cinco. Espera una respuesta favorable.»

Un dia señalándome un hombrecillo muy rechoncho vestido de mahon de piés á cabeza que atravesaba el muelle con un enorme quitasol azul y enjugándose la frente, mi posadera me habia dicho:

—Ahí vá M. Tomás Harrisson, un hombre que tiene mas navíos en el mar que platos tengo yo en mi casa, y mas millones que años cuento yo, y sin embargo, no soy jóven, añadió la buena mujer con un suspiro.

—Pues no parece que le envanezcan sus riquezas, respondí yo; tiene la fisonomía mas franca, mas alegre y cordial que en mi vida he visto.

Como M. Harrisson se hallaba á veinte y cinco pasos de nosotros y yo no habia hablado bastante alto para que él me oyera, no debia yo sin duda aquel obsequio inesperado á le buena opinion que me habia merecido.

¿Debia aceptar ó no? Vacilé un momento, y aun habia tomado la pluma para responder, cuando no estaba bien decidido todavía. Sin embargo, la misma extrañeza de aquel convite, así como tambien el recuerdo del risueño semblante que se habia quedado grabado en mi imaginacion, me incitaban á decir que sí; escribí pues sin reflexionarlo mucho estas dos líneas que entregué bajo un sobre al criado que estaba delante de mí como una estátua de bronce:

«Sir Edmundo Broomley dá gracias á M. Tomás Harrisson por el convite que le ha hecho el honor de enviarle, y acepta con sumo gusto.»

La estátua se inclinó por tercera vez hasta el suelo, comenzó á retirarse andando hácia atrás con un paso que parecia el de una sombra, y desapareció.

Yo pasé el dia en preguntarme cómo era que un hombre que no me conocia deseaba tanto darme de comer.

A las cinco menos cuarto tomé el palanquin, vestido con todo el lujo que me habian permitido los escasos recursos de mi maleta de viaje. En una ocasion tan extraordinaria habia juzgado oportuno sacar á relucir el chaleco de Tien-Hué que destinaba á deslumbrar á los chinos el dia que atravesara las calles de Pekin.

A las cinco menos cinco minutos entraba en el salon del millonario, anunciado correctamente por un criado inglés, á quien ni siquiera habia pensado en dar mi nombre, y que habia juzgado supérfluo preguntármele.

M. Harrisson se levantó con presteza, vino á mí casi corriendo, y felicitándome por mi llegada, me dió un vigoroso apreton de manos á la inglesa lo que me llenó los ojos de lágrimas de ternura.

Despues me presentó á una jóven de unos diez y seis años que se habia levantado tambien á mi llegada, y me dijo:

—Mi hija Mary.

Miss Mary es mucho menos bonita que vos, miss Aurora, pero sin embargo, es bonita; no tiene vuestro cútis rosado, ni vuestro cabello rubio, ni vuestros ojos azules tan suaves cuando nadie rompe vuestras tazas de té; pero seguramente en su rostro de una palidez mate, en su mirada tierna y profunda, en su hermosa frente coronada de cabello mas negro que el azabache, hay seguramente en todo esto y mas aun en su sonrisa, mas que suficiente para inspirar amor á un hombre que no os haya visto.

Dí gracias á M. Harrisson por su convite, que me habia sorprendido en demasía.

Apenas estábamos sentados, cuando un hermoso jóven de veinte años vestido con el uniforme francés de los guardias marinas entró en el salon.

Miss Mary casi sin alzar los ojos saludó ligeramente al recien llegado.

—M. Leon Bernard, dijo M. Harrisson volviéndose hácia mí y tomando al marino de la mano; un cazador de tigres de un ardor y una sangre fria que avergüenzan á los que se consagran á destruir esa horrible raza. Le he visto á la obra y por eso le he cobrado una verdadera estimacion.

M. Leon Bernard, se sonrojó, y cosa extraordinaria, miss Mary se sonrojó mas aun, y sin embargo no se dirijia á ella la lisonja.

La mesa estaba puesta en un comedor como solo se ven en Lóndres ó en Paris; las paredes estaban revestidas de mármol blanco; en una jardinera inmensa las plantas mas raras de los trópicos ostentaban sus admirables flores, y en los rincones habia surtidores cuyas aguas caian en pilones de malaquita con un ruido de los mas agradables.

Grandes aberturas cerradas únicamente con cortinas de seda dejaban entrar la escasa frescura que traia una ligera brisa de la tarde.

Dos muchachos chinos agitaban un inmenso abanico sobre nuestras cabeza. Estos paises del sol son muy hermosos, pero no reina en ellos la igualdad; y cuando se piensa que una parte de la poblacion pasa su vida en dar aire á la otra, sin que á ella la abaniquen jamás, tiene uno tentaciones de decir que la justicia es una palabra vana.

La comida fué muy alegre, M. Harrisson contó veinte anécdotas á cual mas chistosas y que le hacian reir mucho, con su risa sonora y comunicativa, que ponia siempre de buen humor á los mas graves personajes.

A los postres, despues de haber brindado por el excelente comerciante, yo dirijí á M. Harrisson una pregunta que tenia hacia rato en la punta de la lengua, y le pregunté categóricamente qué es lo que me habia valido por su parte una acojida que me habia sorprendido tanto como me habia lisonjeado.

—Ya conoceis el proverbio francés, me respondió M. Horrisson; «Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos.» Permitidme, querido amigo mio, que no os diga mas.

No habia modo de insistir, y debí renunciar á saber la solucion del enigma, á menos que no la encontrara yo mismo.

Despues de la comida M. Leon Bernard convidó á Harrisson y mis Mary á pasar un rato de la noche á bordo de su buque, donde los soldados y los marineros debian representar una comedia. M. Harrisson aceptó y el jóven me suplicó que les acompañara. Fuimos todos al muelle, y diez minutos despues una barca nos hizo llegar al teatro que se columpiaba con el movimiento de las olas.

El escenario adornado de guirnaldas y de banderas inglesas y francesas se elevaba á popa del buque. Ya habia principiado la funcion y estaban representando un vaudeville. Entiendo bastante bien la lengua francesa, leo casi de corrido Corneille, Racini y Moliere, pero jamás he podido comprender un vaudeville francés contemporáneo. Sin duda la lengua del vaudeville difiere esencialmente de la que hablaban los autores que llaman clásicos en Francia. Así pues, si no pude reirme de los dichos y las agudezas que celebraban mucho los espectadores entre los cuales habíamos tomado asiento, la accion eminentemente original y los trages estrambóticos de los cómicos improvisados me divirtieron de un modo prodigioso.

M. Harrisson se reia, aplaudia y se retorcia en su silla en un estado de satisfaccion imposible de describir; seguramente no es un inglés flemático como dicen nuestros vecinos. Miss Mary se hallaba tambien muy animada, y en cuanto al marino, no sé por qué, mas dirigia su vista á miss Mary que á los cómicos. De tiempo en tiempo se inclinaba hácia ella para darla en buen inglés una explicacion que la jóven escuchaba con una atencion marcada.

Despues de la comedia los actores bailaron una contradanza en la cual la dama jóven (un marinero giganteseo) ostentó gracias que pusieron el colmo al entusiasmo del público y llevaron hasta el delirio los trasportes de M. Harrisson.

Eran las doce de la noche cuando estábamos de vuelta en tierra. La luna brillaba en un cielo de una pureza incomparable, y apostaria cien guineas contra diez, á que la noche en que Romeo conversó tanto y tan amorosamente con Julieta no era mas hermosa y clara.

M. Bernard y miss Mary se habian puesto muy serios de repente, y no dijeron una palabra hasta el momento en que se dieron las buenas noches en voz muy baja á la puerta de M. Harrisson.

Expliqueme quien pueda cómo esa despedida me trastornó el corazon de un modo extraño, cómo la imágen de miss Aurora me apareció de súbito mas viva que nunca, y cómo su nombre asomó á mis labios.

En la mar á bordo de *la Fantasia*.

Como el capitan Lecoq habia concluido sus negocios en Singapore, juzgó á su propósito darse á la vela para Hong-Kong hace tres dias.

La víspera de nuestra marcha M. Bernard habia salido con su navío.—M. Harrisson y yo le acompañamos hasta llegar á bordo. Al estrecharle fuertemente la mano, M. Harrisson le dijo con voz muy conmovida: «Hasta la vista;» y estas palabras fueron repetidas por el marino que añadió con acento trémulo: «Muchas expresiones á miss Mary.»

El jóven estaba de una palidez mortal, y seguramente habia lágrimas en sus ojos. Preciso es que quiera con mucha ternura á M. Tomás Harrisson... á menos que no sea á miss Mary, que se habia sentido indispuesta justamente en la tarde del dia en que el marino habia anunciado que estaba dada la órden de marcha.

Viento contrario desde Singapore. Mañana hará tres semanas que navegamos nuevamente. Son las once del dia y se distigue un punto negro en el horizonte. El punto se hace grande, es una isla, es Hong,-Kong... otra ciudad inglesa: *¡Rule britannia!*

Macao.

No he permanecido en Hong-Kong mas que el tiempo justo para visitar inútilmente las tiendas de porcelana de la ciudad y para perder veinte libras apostadas por un caballo. El turf de *Happy-Valley* es una bonita pra-

© Biblioteca Nacional de España

dera muy bien cuidada. La situacion de este magnífico campo de carrera es única en el mundo; se halla rodeado de tres cementerios, uno católico, otro protestante y otro zoroastrino, donde queman los cuerpos. La vista de estos lugares aconseja á los jockeys que se mantengan firmes sobre la silla.

Es un gusto habitar en Hong-Kong. La civilizacion ha marcado con su sello esta ciudad comerciante, donde ha introducido desde el primer dia de la ocupacion inglesa, como en Cap-Town y en Singapore, el gas, las aceras y el macadam. Pero el capitan Lecoq tiene caprichos tan repentinos y singulares, que he temido no cambiara de parecer y no quisiera parar en Macao, por lo cual le he dejado en Hong-Kong y he tomado un brik inglés que me llevó en un dia hácia la antigua ciudad china y portuguesa.

(*Se continuará.*)

REVISTA LITERARIA.

LA MUERTE DE CÉSAR, TRAGEDIA POR D. VENTURA DE LA VEGA.

Era la Noche-Buena del año de 1862, y los primeros literatos de la córte se hallaban congregados, mediante previo aviso, en casa del Marqués de Molins, no el menos digno por cierto de ocupar un sitio en aquella ilustre reunion. El Sr. D. Ventura de la Vega leia una tragedia que acababa de escribir, y no así como quiera, leia nada menos que una tragedia clásica; es decir, punto menos que un anacronismo literario, segun la opinion de muchos. El escojido y competentísimo auditorio aplaudia con entusiasmo al autor, y mil plácemes y enhorabuenas estallaron, por decirlo así, al terminarse aquella lectura. Una misa de gallo, oida por todos los allí presentes en el oratorio de la casa, y una espléndida cena con que los Sres. Marqueses obsequiaron á sus tertulianos, pusieron grato fin á la noche. Dos dias despues, todos los periódicos de Madrid se ocupaban de aquella reunion literario-gastronómica, y todos proclamaban el brillante éxito que habia obtenido *La muerte de César*, que tal es el título de la tragedia del Sr. Vega.

Publicada esta muy luego, aunque no representada todavia, pudo cumplirse nuestro deseo de conocerla, y como aseguramos no haber leido juicio crítico alguno acerca de ella, no debemos temer que nuestras desautorizadas apreciaciones nos hayan sido sugeridas por las apreciaciones de nadie. Buena ó mala nuestra opinion, fundada ó infundada, siempre será exclusivamente nuestra.

El Sr. D. Ventura de la Vega ha puesto á su tragedia un prólogo digno de su pluma, dirémos mas, digno de su última produccion. Sostiene en él que la tragedia no ha muerto, porque no puede morir; que yace solamente postrada á impulsos del romanticismo, dueño exclusivo no ha mucho del teatro; pero que solo espera una mano poderosa que la levante.

Nosotros creemos que, á pesar de la modestia con que se presenta el campeon de este casi olvidado género, ninguna mano pudiera ser mas poderosa que la suya para tamaña empresa, y *La Muerte de César* es de ello una segura garantía; pero si él mismo afirma que su obra no puede representarse hoy en España porque no hay elementos para ello, ¿cómo pudieran representarse otras y otras del mismo género? Y sin esto, ¿cómo seria posible hacer entrar en su antiguo cauce la corriente del gusto público que ya ha tomado otro distinto camino?

El distinguido talento del Sr. Vega le ha hecho comprender muy bien que la tragedia clásica necesitaba amoldarse á ciertas condiciones nuevas; porque en efecto, el gusto de Grecia y de Roma no era posible que fuese el gusto de la Europa moderna; pero á poco que se vaya ensanchando el círculo, pudiera suceder que de concesion en concesion fuésemos á parar al drama, casi sin apercibirnos de ello. Por otra parte, la tragedia, como dice el mismo Sr. Vega, es de suyo intransigente; puede girar solo en una órbita dada, y no se pliega bien á las costumbres modernas. ¿Qué autor se atreveria á poner un protagonista de levita en una tragedia clásica? ¿Quién seria tan osado que vistiera á Melpomene con miriñaque y cófia de moños?

Los publicos gustan de ver en escena á la sociedad tal como ellos la conocen; gustan de ver reproducidas sus costumbres, y no las de épocas de muy diferente estructura, civilizacion y creencias; se interesan poco por ellas, y sus héroes le parecen montados en zancos ó vistos con vidrios de aumento. Por eso Lope de Vega, proclamando el clasicismo como único verdadero arte, no pudo ser clásico, y su gran genio no se atrevió á luchar contra el gusto de su siglo.

Reasumiendo, dirémos que la tragedia, como género, no debe desaparecer del teatro: pero que dudamos pueda generalizarse hoy en los repertorios, siquiera presente obras del mérito que brilla en *La muerte de César*. Esta produccion, que será siempre un título muy legítimo de gloria para su autor, que no podrá dejar de ser vivamente aplaudida si alguna vez llega á ponerse en escena, parécenos, sin embargo, que no habria de ser bastante para sacar á la tragedia de la postracion en que ha tiempo yace.

La muerte de César ha dado argumento para otras notabilísimas producciones extrangeras, de las cuales conocemos las escritas por Voltaire y por Alfieri. El Sr. Vega ha luchado dignamente con estos dos ilustres genios dramáticos, y ha tratado de desenvolver un pensamiento propio suyo, á fin de no aparecer, como en efecto no lo es, copista de ninguno de ellos.

La mas importante de las diferencias por él establecidas consiste en la introduccion del importante personaje de Servília, madre de Bruto, y amante un tiempo de César, al que salvó y dió hospitalidad cuando proscrito por Sila veia amenazada su cabeza. César llegó á amarla y á ser correspondido; pero Caton, hermano de Servilia y enemigo de César, era un obstáculo insuperable para su union legítima, y Bruto nació de estos amores clandestinos. Esposa despues de Junio, y mas tarde su viuda, el jóven Bruto no sospechó que debia el ser á César contra, el cual combatió bajo las órdenes de Pompeyo, y á pesar de haber sido perdonado por aquel y colmado de honores y de caricias, se hace gefe de una conspiracion contra el dictador, y es uno de sus asesinos.

César pretende nombrar sucesor de su futura corona á su propio hijo; pero para ello necesitaba revelar el secreto de su nacimiento, y Servilia no lo consiente; no quiere descender de su fama de virtuosa; su orgullo es antes que su hijo. No obstante, alarmada por la conducta de Bruto respecto á César, y creyéndole capaz de todo para oponerse á la ambicion de este, resuelve descubrir á su hijo el secreto de su nacimiento. Y sin embargo, dos veces lo intenta, y dos veces lo deja para otro dia. Este otro dia, Bruto habia sido ya parricida; la revelacion llega tarde.

¿Pero qué se hubiera logrado con esta revelacion?

Para el interés de la tragedia creemos que no poco. Allí habriamos visto la lucha producida en el corazon del hijo entre su austera virtud y los sentimientos de la naturaleza; la lucha que hace tan trágico el argumento de *Guzman el Bueno*, el de *Roma libre*, el de *Virginia*, y tantos otros; lucha que aquí falta, porque de un lado está el deber, mientras que del otro solo vemos una tibia estimacion, que ni siquiera llega á la gratitud, puesto que allí se niega el que haya motivo para agradecer un perdon á quien no tiene derecho á castigar. Por otra parte la revelacion de Servilia nada hubiera evitado. El autor no habria podido falsear la historia, y además el mismo Bruto así lo indica cuando dice:

«Gracias, Dioses,
Que hasta quedar mi obligacion cumplida,
No me habeis revelado este secreto!—
¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mia
Le costara sabiéndolo!»

Por consecuencia de lo expuesto, diremos que, en nuestra humilde opinion, la ignorancia en que está el hijo del secreto de su nacimiento, en vez de levantar, rebaja por el contrario esa feroz grandeza con que se ha presentado siempre en la escena el carácter de Bruto.

Algo dirémos del de Servilia, la creacion querida del Sr. Vega. Nosotros habriamos querido hallar en ella mas corazon. Servilia es hasta egoista cuando por conservar las apariencias de su virtud deja de correr á interponerse entre el hijo y el padre. Servilia, al ver asesinado á su amante por la mano de su propio hijo, en vez de lanzar gritos desgarradores de horror y sentimiento, en vez de enloquecer ante el espectáculo de aquel crímen, de que ella acaso puede acusarse en mucha parte, razona y filosofa acerca de la inutilidad de un hecho que solo hace cambiar de manos el absoluto imperio de Roma.

Véase si nó sus palabras:

«Oh! Bruto! ¡Oh inútil crimen!
¡Era forzosa ya la tiranía!
Y tú á un héroe clemente se la arrancas;
¿Y á quién la entregas, desdichado? ¡Mira!»

¿Se expresa así un alma agitada por tan violentas emociones?

En cambio de esto, el encanto del estilo, situaciones interesantes y bien presentadas, caractéres por lo general diestramente delineados, y una versificacion vigorosa, aunque tal cual vez algo descuidada, hacen de la muerte de César una tragedia digna del nombre de su distinguido autor.

Sentimos que los estrechos límites de este artículo no nos permitan un análisis mas extenso.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

INDUSTRIA.

La máquina calórica de Eriesson hace años que preocupa al mundo científico é industrial. La fuerza motriz del aire dilatado por la accion del calor rivaliza ya con la del vapor, y amenaza sustituirle en las diferentes aplicaciones de este poderoso agente mecánico. Por eso inrertamos con mucho gusto el siguiente anuncio, recomendándolo muy especialmente á nuestros lectores.

CON REAL PRIVILEGIO EXCLUSIVO.

MAQUINA CALORICA DE ERICSSON.

Hace mas de cinco años que esta utilísima fuerza motriz se está usando, y **mas de 3.000 máquinas** que hay en constante actividad en diferentes paises, atestiguan su bondad y eficacia. Su potencia es segura, constante y uniforme: no ofrece ninguno de los peligros de explosion ni incendio como la máquina de vapor: su manejo es muy fácil para cualquier persona de mediana *inteligencia*: *consume poco combustible* y *no necesita* ni una sola gota de agua.

Muchas de estas máquinas, construidas en la maquinista Terrestre y Marítima, están funcionando actualmente en España y en su mayor parte en Cataluña: los informes que de ellas pueden dar sus dueños son la mayor garantía para los compradores.

Para mas informes dirigirse á los Sres. Llorens hermanos, calle de San Honorato, n.° 3, almacen: el despacho estará abierto de 9 á 12 todos los dias.

Explicacion del figurin iluminado.

Gabanes y manteletas de verano.

TRAGE DE TAFETAN VERDE. Paletot semi-ajustado de reps negro, adornado con una pelerina puntiaguda bastante larga, guarnecida de guipur negro; sombrero de paja de Italia con una gran rosa granate, cubierta con encage negro.

TRAGE DE MOER GRIS. Lo bajo de la enagua se guarnece con un rizado encañonado muy estrecho, del cual penden de trecho en trecho tres grandes encañonados formando concha, de 8 á 10 centímetros de alto. Entre estas conchas van presillas de pasamanería negra. Paletot de paño de verano, violeta azulado, con adornos de pasamanería negra. Este modelo es algo mas corto que los paletots de invierno.

GRAN TALMA DE TAFETAN NEGRO, orlada por un guipur negro de 25 centímetros de alto y cubierta por siete filas de guipur negro, que tengan 8 centímetros de alto. Esta talma tiene un metro y 15 centímetros de alto por detrás, sin incluir el guipur colocado en el borde.

PALETOT DE PAÑO DE VERANO GRIS FIELTRO, con adornos de pasamanería en las costuras de la espalda; es algo mas largo que el anterior. Se le hace tambien de seda ó tela de lana lisa, igual al trage con que se lleva.

TALMA DE TAFETAN AZUL MÉJICO, adornado con dos filas de encage con pelerina cuadrada, figurada por un encage mas estrecho.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Solucion del geroglífico inserto en el n.° 22.

Mientras descansas muéleme estas granzas.

La Administracion de la Moda en Sevilla se halla establecida en casa de los Sres. Otal y compañia, Revista Mercantil. calle de Tetuan.

La Administracion de la Moda Elegante en la ISLA DE CUBA, se halla establecida en la Habana á cargo de D. Benito Gonzalez Tánago, calle de Compostela n.° 66, entre la de Teniente Rey y Amargura.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesoreria ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España